

diez preceptos del Décalogo, de los cuáles los tres primeros se refieren á Dios y los siete restantes al prójimo. De suerte que amar al prójimo es realizar los diez mandamientos de Dios, y que no se puede violar uno solo sin herir de una manera ó de otra el amor de Dios ó del prójimo. Hé aquí porque Dios, hé aquí porque Nuestro Señor, queriendo presentarnos en compendio todos los mandamientos de la ley y todos los preceptos del Evangelio que es preciso observar para ganar la vida eterna, nos los há resumido en esta formula: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu, y al prójimo cómo á ti mismo.* A lo cuál Nuestro Señor añade, para hacer bien comprender el alcance de este precepto único: *Haced esto, y viviréis*, es decir, y ganaréis la vida eterna.

Conclusion. — La cuestión de saber lo que es necesario hacer para ganar la vida eterna, es decir para lograr nuestra salvación é ir al cielo, es para nosotros, cristianos, la más importante, y también la sola interesante, puesto que si no supiéramos lo que es preciso hacer para ir al cielo, no podríamos ir, y no yendo al cielo, todo estaria para siempre perdido para nosotros. Pues para ir al cielo, es preciso amar á Dios y al prójimo, porque amando perfectamente á Dios y al prójimo, se cumple todos los mandamientos de Dios y todos los preceptos del Evangelio. Hé aquí, en pocas palabras, el resumen de las importantes reflexiones que acabamos de hacer sobre la pregunta del doctor de la ley y la solución que ha dado el Salvador. Puesto que la cuestión de la ciencia de la salva-

chor, se há sustituido á la persona del prójimo declarando hecho á él mismo todo lo que harémos por él: *Quamdiu fecistis uni ex minimis istis, mihi fecistis.* — Oh! si tuvieramos siempre á la vista semejante ejemplo, si viéramos en el prójimo la persona de Jesucristo, qué medida, qué limite podria tener nuestro amor por el prójimo? Qué sacrificio podria nunca parecernos excesivo, si quisieramos guiarnos por la caridad inmensa de la cuál Jesucristo nos há dado las pruebas? Sin duda, nó nos es posible alcanzar este modelo, pero por lo menos debemos aproximarnos tanto cómo nos es posible. (Raineri, Instr. fam. 3. p. instr. 3.).

ción es para nosotros la más importante de todas, que sea aquella de la cuál nos ocupémos con la mayor solícitud. Y puesto que esta ciencia se resume en amar á Dios y al prójimo, no hirámos este doble amor ni con acciones, ni con palabras, ni aun con el pensamiento. Hagámos esto, y merecerémos vivir, nos dice Nuestro Señor, en la eterna y bienaventurada vida del paraíso. Asi sea.

DUODECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

TERCERA INSTRUCCION.

Quién es mi prójimo?

- I. Quién es nuestro prójimo. — II. Causa de nuestra inhumanidad con él. — III. Asistencia que le débemos.

Vémos, Cristianos, en el Evangelio del cuál á cabo de daros lectura, que un doctor de la ley, habiéndose aproximado á Jesus, le preguntó lo que era preciso hacer para alcanzar la vida eterna, y que Jesus, remitiéndole á la ley, le hizo responder á él mismo que era necesario amar á Dios de todo corazón, y al prójimo cómo á si mismo. Pero esta respuesta dejó, sin duda, subsistir alguna oscuridad en el espíritu del doctor de la ley, porque dirigió al momento al Salvador esta otra pregunta: *Y quién es mi prójimo?* A lo cuál respondió el Salvador esta vez con la historia ó la parábola del buen Samaritano. Pues es de esta segunda pregunta del doctor de la ley y de la respuesta que le dió Nuestro Señor, que quiero hablaros esta mañana. En una primera reflexión, verémos quién es el prójimo; en una segunda, considerando la conducta del sacerdote y del levita que pasan cerca del hombre herido sin socorrerle, indagarémos cuáles son las causas de nuestra inhumanidad respecto de nuestro prójimo desgraciado; en una tercera, por ultimo, aprenderémos, por el ejemplo del buen Samaritano, cuál es

la naturaleza y la estension de la asistencia que le debemos ¹.

I. — *Quién es nuestro prójimo*. Se puede créer que esta pregunta del doctor de la ley : *Quién mi prójimo?* fué hecha con cierta buena fé ². Porque era una antigua tradición entre los Judios que se debía amar á su prójimo, pero aborrecer á su enemigo, así cómo nos lo hace saber Nuestro Señor mismo cuándo dice : *Sabeis que se há dicho : Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo* ³. Pero esta tradición de la sinagoga há sido solemnemente reprobada por el Salvador, que nos há hecho á todos un precepto el de tratar á nuestros enemigos cómo amigos nuestros ⁴, de suerte que á no consi-

1. De la caridad con el prójimo. 1º El sacerdote y el levita, imajenes del hombre duro é inhumano. 2º El Samaritano, modelo del hombre compasivo y caritativo. (Dehaut, el Evang. explic. 2. p. sec. 3.)

2. *Ille autem volens justificare seipsum*, etc. Notat Lyranus, dupliciter verba illa explicari posse : primo, quod voluerit semetipsum justificare quantum ad apparentiam; secundo, quantum ad substantiam, quod scilicet in rei veritate desideraverit intelligere a Christo, quis esset suus proximus, ut dictum in eo præceptum adimplere posset. Hujus porro perplexitatis causa ex eo videtur oriri, quia nimiram initialiter ad Christum accesserat, perversa eum tentandi intentione; sed postea Christi verbis compunctus fuit, et ideo dixit ei Christus : *Non longe es a regno Dei*. Marc. XII, 34. Ex quibus innotescit, quam sit utilis ad Christum appropinquatio, licet primordialiter perversæ innitatur intentioni; multi namque sæpe ecclesiam adeunt, alio quam devotionis aut divini verbi audiendi fine, Deus interim multoties corda eorum tangit et compungit. Eandem quoque sustinet opinionem Toletus, dum ait : Prosequitur interrogare, non ut ante, nam prius tentans interrogavit, nunc vero audita Christi responsione ac suiipsius commendatione, animum mutavit et iterum interrogavit, volens justificare seipsum, id est, animo et studio incumbendi justitiæ, et bene operandi; sicque quæ ignorabat, a Christo explicari petit. » Consonat huic Toleti sententiæ, illa super eundem textum scribentis, sancti Bonaventuræ glossa : « Id est, ad justitiam præparare, quod sit per fidem et intelligentiam veritatis. » (Mansi, *Ærar. Evang. dom*, 12. post Pentec.).

3. Matth. v, 43. — 4. *Ibid.* 44.

derar más que nuestra voluntad y nuestros actos, no hubiéese ya enemigos ¹.

Pues sí no debemos sér enemigos de nadie, todo hombre es nuest o prójimo.

Sí, to lo hombre es nuestro prójimo; es decir que todo hombre es nuestro igual por su naturaleza y por su destino inmortal, y debemos asi considerarlo por nuestra adhesión á su persona y nuestra consagración á hacer su bien ². Es lo que nos enseña clara-

1. *Et quis est meus proximus?* Magna enim inter scribas hac de re erat quæstio, imo error; scribæ enim, ex Levit. XIX, 18 : *Diliges ream*, id est *amicum*, a contrario inferebant : Ergo odio prosequeris inimicum tuum, puta Gentilem, qui non est Judæus : unde hunc eorum errorem corripit Christus, Matth. v, 43. Quare scribæ amicum vel proximum censebant esse solum Judæum, utpote veri Dei cultorem, ejusdemque secum gentis et religionis, imo inter Judæos eos qui legem prævaricabantur et impie vivebant, censebant non esse proximos, nec diligendos, sed solos fideles et justos. Merito ergo legisperitus hic rogat Christum quis sit proximus. *q. d.* Ego omnes Judæos probos quasi proximos diligo, suntne alii adhuc proximi a me diligendi? Respondet Christus alios esse, nimirum proximos nostros esse omnes omnino homines : hi enim proximi nobis sunt ob communionem ejusdem vitæ humanæ, ejusdem gratiæ, ejusdem redemptionis per Christum, ejusdem Ecclesiæ et sacramentorum, ejusdem destinationis cursusque ad eandem felicitatem et vitam æternam. Omnis ergo homo est hebraice *rea*, id est *amicus*, socius; græce *πλησίος* id est propinquus, a *πλίζω*, id est accedo, appropinquo, quod in futuro habet, *πλήσω*, unde *πλησίος*; latine nervosius vocatur proximus, quia proxime, id est nullo mediante ad nos accedit, nosque contingit per eandem vitam, gratiam, Ecclesiam, gloriam, etc. Proximus enim Ciceroni et Latinis dicitur vicinissimus, unde Isidorus, lib. IX. Etymol. c. 6 : « Proximus, inquit, dicitur ob proximitatem sanguinis. » Et Cicero, lib. II. De Legibus : « Id, ait, habendum est Deo proximum (id est vicinissimum) quod est optimum. » Jam autem omnis homo nobis vicinissimus est per eandem Dei creationem, et eandem Christi redemptionem, et vocationem ad eandem gratiam et gloriam : ergo omnis homo nobis est proximus (Corn. a Lap. *Comm. in Luc.* x, 29).

2. Ille est proximus tibi, cui miserendo appropinquas : qui vero nulli

mente la conducta del bien Samaritano. Porque el hombre que encontró en el camino no era ni su pariente, ni su amigo, ni su compatriota; no le conocia; y sin embargo no dejó de considerarle cómo á su prójimo. Si, lo repito, todo hombre es nuestro prójimo, aun aquellos que están más alejados de nosotros en cuanto á su cuerpo, es decir que habitan lejos de nosotros; porque prójimo no quiere decir vecino, y los habitantes de las estremidades de la tierra son también nuestro prójimo cómo aquellos en medio de los cuáles vivimos. Aquellos son igualmente nuestro prójimo que están muy alejados de nosotros por el corazón, es decir que nos aborrecen; porque cómo acabo de decirlo, todos los hombres están unidos los unos á los otros por la naturaleza y el destino, y si los hay que nos aborrecen, no son por eso menos hombres, y por consiguiente nuestro prójimo.

No obstante, aunque todos los hombres sean nuestro prójimo de una manera general, los hay que lo son de una manera más estrecha que los demas. Estos son los que están más cercanos de nosotros por tal ó cuál circunstancia de la vida. Asi, el primer prójimo del hombre, si puedo hablar así, es su mujer, y el primer prójimo de la mujer, es su marido. Vienen en seguida el padre y la madre, despues los hermanos y las hermanas, siguen los tíos y las tías, y en seguida los demas parientes, cada uno en su grado, continuando los amigos, los vecinos, y, por ultimo, los compatriotas y el resto de los hombres.

Hé aqui, pues, *quién es nuestro prójimo*, á saber, todos los hombres sin ninguna excepción; y hé aqui el orden bello en el cuál son nuestro prójimo, segun resulta de los lazos más ó menos estrechos que nos unen. Hé aqui, por consiguiente, á todos los que debemos amar cómo á nosotros mismos, así cómo nos está formalmente prescrito por la ley ¹. Pero cuántos que, reconociendo esta ley en teoria, la

miseretur, nullum proximum habet: magna est igitur misericordia, quæ ignotis etiam et extraneis nos proximos facit: magna igitur misericordia, per quam vita possideatur æterna (BRUN. Sign. episc. in *id. Evang.*).

1. « Aquel es nuestro prójimo con el cuál ejercemos las obras de

élulen en la practica, principalmente no asistiendo al prójimo segun su poder y su necesidad! Cuántos cristianos que se asemejan demasiado á este sacerdote y á este levita judío, los cuáles apercibiendo en su camino al viajero que los ladrones hán despojado y cubierto de llagas, pasan adelante sin asistirle! No somos nosotros mismos de este numero? Pudiendo asistir en cierta medida á los desgraciados, no desviamos de ellos nuestras miradas, en lugar de socorrerles? Para disponernos á remediar una conducta tan poco cristiana y, por otra parte tan culpable, apresurémonos á inquerir cuáles son las

II. — *Causas de nuestra inhumanidad respecto de nuestro prójimo.*

La primera de estas causas, es el orgullo. El hombre cubierto de llagas y medio muerto, encontrado en el camino de Jericó por el sacerdote y el levita judío, era de la misma nacion, de la misma ciudad y de la misma religion que ellos. « Qué de lazos añadidos á los de la naturaleza para obligarles á aliviarlo! Pero no era más que del pueblo, desconocido, sin titulo, ni cualidad, y ellos eran sacerdotes, levitas, de una tribu distinguida entre las demas; asi le consideraron á lo sumo un momento y por curiosidad. Estaría por debajo de su rango el detenerse más, y continuaron su camino. No es con esta mirada soberbia que se vé la miseria, la desnudez, las llagas, en una palabra, las necesidades de los pobres? No se digna tampoco escuchar á estos desgraciados, por lo menos aliviarlos con palabras.

misericordia, cuando tiene necesidad, ó con el cuál deberíamos ejercerlas si tuviera necesidad. » S. Aug. *De doctr. Crist.* lib. 3. En lo cuál podemos decir, que si es una grande carga para nosotros, es tambien una grande ventaja; porque si, por ejemplo, estamos obligados á servir á todo hombre, todo el mundo está reciprocamente obligado á servirnos; todos los hombres son nuestro prójimo; es lazo sagrado que debe unirnos á todos, para no hacer *más que un corazón y un alma.* Act. ix, 32; es este mandamiento que Jesucristo nos há recomendado tan fuertemente, unas veces diciendonos *que amemos á los demas cómo él nos há amado*, Joan. xiii, 34; otras veces, que *seamos un todo juntamente*, cómo su Padre y él no son más que uno. Joan. xvii, 21. Monmorel, *Hom.* 12, sem. desp. de Pentec. Sabado.)

Si fuéramos un hombre distinguido que reclamásemos nuestra asistencia, volaríamos á su socorro y se haría honor de su generosidad; pero para este hombre de la hez del pueblo, qué gloria daría el haberle socorrido en su necesidad? Ay! cuántas veces el orgullo no nos ha impedido el hacer actos de caridad para aliviar un espíritu afligido, un corazón ulcerado, y para curar llagas que quizás nosotros mismos hemos hecho! Ay! cómo por lo demás podemos bien decirnos cristianos, cuándo desdeñamos el estado de pobreza y sufrimientos en el cual Jesucristo ha querido nacer, vivir y morir, el estado que no ha cesado de honrar con sus predilecciones?

La causa de nuestra inhumanidad con el prójimo, es el interés. El desgraciado tendido en el camino de Jericó había sido despojado de todo. Era preciso, para aliviarle, gastar algún dinero, y este pensamiento contribuye á alejar de él al sacerdote y al levita. No se siente el dinero que se gasta en superfluidades, en placeres, quizás en crímenes; se gime por el que sería necesario emplear en obras de misericordia. Cuántos hombres amables, serviciales, solamente hasta el momento en que la beneficencia exige gastos! Cuántos otros que afectan generosidad, pero que no son conducidos en esto más que por un espíritu de interés! Porque con quién esta clase de personas son diligentes, afectuosas, prodigas y guardan atenciones? Con aquellos de quienes esperan algo. Oh! en este caso, no hay nada que les cueste. Pero se trata de personas pobres, ó de personas avaras de quienes nada hay que esperar? Oh! entonces, nada se puede, nada se tiene que dar, no se puede tampoco disponer de un instante para detenerse, cuán reprehensible es una conducta semejante! porque sepámoslo bien, cristianos, la caridad no espera más que de Dios el premio de sus beneficios. — Dando gratuitamente al hombre, ella presta á Dios, se gloria de recibir de él con una usura abundante, todo lo que ha depositado en el seno del pobre².

1. Duquesne, *El Evangelio meditado*. 156, meditación 1, p.

2. *Generatur Domino qui miseretur pauperis et vicissitudinem suam reddet ei* (Prov. xx, 17). — Cf. *La Luz. Expl. des Evang.* 12^o dim. apr. la Pentec.

Una tercera razón, por último, de nuestra inhumanidad con nuestro prójimo, es nuestra molición. « El estado en que el sacerdote y el levita encontraron al hombre tendido, su desnudez, las llagas de que está cubierto, la sangre de que está inundado, en lugar de escitar su compasión, provocan su disgusto. Es para ellos un objeto, no de piedad, sino de horror. Y desvían sus ojos con precipitación de un espectáculo que repugna á su falsa delicadeza. Ah! cuántas personas, aun del sexo en el cual Dios ha colocado una sensibilidad más viva, son más rechazadas por la miseria del pobre, que conmovidas! Los viles trapos que cubren su desnudez, la suciedad esparramada en toda su persona, las llagas asquerosas que lo desfiguran, ofenden sus miradas acostumbradas á objetos agradables. Esta vista, hecha para enternecer el corazón, le subleva; y una desgraciada repugnancia, que el más ligero esfuerzo hubiéramos vencido, ahoga la caridad. Y no solamente las enfermedades corporales son las que rechazan la beneficencia; se hace, de los defectos del pobre, un motivo para no asistirle. Digámoslo todo; algunas veces se le busca vicios para darse pretextos, y se aplaude haberselos encontrado. Este pobre tiene vicios, decís; quiero créerlo; pero os dispensan del deber de la caridad? Tiene vicios! y no los teneis vuestros? Tiene vicios! quizás no son más que el efecto de la miseria, y no esperan para ser corregidos, más que vuestros beneficios. — Si la opulencia tiene defectos que le son propios, y que sostienen sus continuos goces, por qué el indigente no tendrá los suyos fomentados por sus privaciones? Ricos, que os autorizáis de los defectos, de los vicios del pobre para rehusarle vuestros socorros, suponéd por un momento que la Providencia haciendoos nacer en su puesto, no hubiérais tenido ni educación, ni trato del mundo; vosotros tendríais quizás más que él todo lo que censurais: maneras más toscas, costumbres más duras, un carácter más sombrío, inclinaciones más bajas. Crééis que será ingrato; pero teméis también que Dios lo sea? Y no es Dios quien debe ser el principio, el motivo, el objeto de vuestra caridad?¹ »

Tales son, cristianos, las tres principales causas de nuestra du-

1. *La Luz. loc. cit.*

reza respecto del prójimo, el orgullo, el interés y la molición, y tales son también las principales reflexiones propias para combatir las y destruirlas. Si logramos estirparlas de nuestro corazón, y á nos pareceremos más al sacerdote y al levita de nuestro Evangelio cuya conducta no puede escitar más que la repulsión¹. Pero no basta estirpar de nuestro corazón la dureza que puede encontrarse respecto del prójimo, es preciso, además, conocer á fin de poder bien practicarla.

III. — *La asistencia que le debemos.* — El Samaritano de nuestro Evangelio nos ofrece en su conducta un bello modelo de esta asistencia. Habiendo ido á pasar á su vez, cerca del hombre que yacía en el camino de Jericó, se compadeció, nos dice Nuestro Señor. *Y habiéndose aproximado, vertió aceite y vino en sus llagas y las curó; habiéndole colocado sobre el caballo, le condujo á una hospedería, y le cuidó. En el día inmediato, sacó dos dineros que dió al dueño de la hospedería diciéndole: Cuidad de este hombre, y todo lo que gastaréis de más por él, os lo entregaré al regreso.* Todos los caracteres que debe tener la caridad para nuestro prójimo desgraciado se encuentran reunidos en los diferentes rasgos de este relato². Escuchémos á un sabio cardenal esponernos esta materia:

1. *Accidit autem ut sacerdos quidam descenderet eadem via; et viso illo, præterivit. Similiter et levita, quum esset secus locum, videret eum, pertransiit.* Sacerdos quidem aaronicus, eadem forte via iter faciens, vidensque hominem jacentem, non modo ejus misertus non est; sed horrore plagarum percussus, statim transiit: imo, juxta vim vocis græcæ ἀνεπαρτήτως retrorsum abiit, et in contrariam partem iter suum reflexit. — Ille ergo, qui maxime officium charitatis erga proximum implere debebat, illud turpissime neglexit. Et levita, ad eandem sacerdotalem tribum pertinens, eadem inhumanitate animatus apparet. Exemplum detestandum duritatis erga pauperes et miseros (SCHOUPE, *Evang. illustr.* dom. 12. post Pentec.).

2. La conmiseración y la caridad cristiana. I. *Su objeto.* 1º Ella debe ejercerse respecto de todos los que tienen necesidad de nuestro socorro: *Homo quidam descendebat.* — 2º Debe abrazar á todos los hombres, cualesquiera que puedan ser, sin distinción de patria y de religión. — II.

» El herido, dice, era judío; su bienhechor samaritano. Se sabe cuál era el odio reciproco de estos dos pueblos. A su antipatía nacional se unian las querellas religiosas. El ejemplo del Samaritano, que, pasando por encima de todos los prejuicios, olvidando todas las enemistades, no vé en el judío más que un hombre que tiene necesidad de su socorro, nos muestra que la caridad abraza en su estension hasta los que las divisiones sea políticas, sea religiosas, ponen en oposición con nosotros¹. Guerreros, á quiénes la patria há confiado su defensa, que el sentimiento de la caridad esté siempre en vosotros, al lado del deber; vosotros no tenéis énemigos más que en los combates; fuera de allí, no debeis ver más que her-

Su naturaleza. 1º Consiste en una tierna compasión por los males y las necesidades de nuestro prójimo: *Misericordia motus est...* 2º Esta piedad no debe ser vana y esteril, sino efectiva: *Et appropians alligavit.* — III. *Sus obras.* 1º Socorre á los desgraciados inmediatamente, sin aplazarlo, á mañana: *Videns eum et appropians...* 2º Les socorre por su propio movimiento sin hacerse rogar: *Videns eum,* etc... 3º No menosprecia nada de todo lo que está en su poder para socorrerles: *Alligavit vulnera ejus, infundens oleum,* etc... 4º Se olvida ella misma, y nada economiza, no mirando: a) ni al peligro á que se espone: los ladrones podian llegar: b) ni á la fatiga: *Alligavit vulnera;* c) ni al gasto: *Infundens oleum...* protulit duos denarios; d) ni á la fatiga: *Imponens illum in jumentum suum,* condenandose á ir á pie. — 5º Persevera: *Et altera die,* etc... 6º Recurre á la caridad de los demás, cuándo sus recursos son insuficientes: *Curam illius habe,* (Dehaut. *El Evangelio* explic. 2. p. sec. 5).

1. *Samaritanus autem quidam inter faciens, venit secus eum; et videns eum misericordia motus est.* Quanto iniquior duritas illorum sacerdotis et levitæ, tanto honestior ac laudabilior effulget misericordia Samaritani. Samaritanus scilicet homo erat natione ac genere alienus, imo Judæis exosus. Oderant enim Samaritanos Judæi, etiam plus quam alios ethnicos, eo quod Israelitæ haberi vellent, et populus Dei, suumque templum cum Jerosolymitano conferrent; cum essent profani et degeneres, nulloque modo ex sanctis patribus oriundi. Samaritani ergo signanter exemplum profert Christus, ut demonstret, et legisperitum fatcri cogat, etiam inimicos nostros, adeoque omnes homines esse proximos nostros, quos ex mente Legis diligere teneamur (SCHOUPE, loc. cit.).

manos. La mano que los hirió debe enseguida tenderse hacia ellos para aliviarlos. La conmiseración sienta bien á la fuerza; y el valor que á la humanidad acompaña es más glorioso. Y vosotros, ó hermanos extraviados, aprendéd á conocer los sentimientos de que estamos penetrados por vosotros. Los maestros de vuestro error, para sostener vuestro álejamiento de la Iglesia católica, no cesan de calumniarla cerca de vosotros; os la representan animada de un espíritu de persecución, escitando contra vosotros los poderes de la tierra, y esforzándose por atraer las penas sobre vuestras cabezas. No, no son esas ni las reglas, ni el espíritu de la Iglesia. Ella condena aquellos de sus ministros que la ignorancia ó un celo ciego hubiera podido llevar á estos excesos. Ella celebra la caridad del grán san Martín, que rehusaba comunicar con ellos. Si para conservar entre sus hijos fieles la unidad de la fé, vióse forzada á escluiros de sus asambleas, ella no há conservado menos por vosotros los sentimientos de una tierna madre. Vosotros sois los hijos, que su desobediencia há desterrado de la casa paterna, pero siempre sois sus hijos. La habeis obligado á castigaros, y no podeis impedirle el amaros. Vosotros no estais ya en su seno, pero ella no há cesado de llevaros en su corazón. Al alejaros por sus censuras, ella os llama continuamente con sus deseos. Os habeis privado de sus bienes espirituales, pero ella os recomienda y ordena verter sobre vosotros todos los bienes del orden temporal. Ah! que no puedan nuestros servicios los más abundantes desengañaros de vuestras fatales prevenciones, y probaros todo el amor que la Iglesia nos inspira por vosotros!

» El espectáculo del Judio herido y abandonado en el camino escita en el virtuoso Samaritano una tierna conmiseración. La humanidad basta para inspirarnos este sentimiento; la caridad añade un nuevo grado de actividad. No es ya solamente un hombre, cómo yo, que veo sufrir; es un hombre, cómo Jesucristo, transformado perfectamente en la imagen de esto divino Bienhechor. Sus sufrimientos, recordandome los que mí Dios há sentido por mí, me muestran en este desgraciado un hermano adoptado, cómo yo, en la cruz, llamado á la misma fé, invitado á los mismos sacramentos, unido

á mí en la tierra por todos los lazos interiores y exteriores de la religion, y destinado á estar unido eternamente en la herencia celestial.

» Esta conmiseración del Samaritano no es un sentimiento estéril. No se limita á una vana piedad, á deseos inútiles. Algo presuroso que pueda estar por terminar su viaje, retarda sus asuntos ante el deber de aliviar al desgraciado hacia el cuál la Providencia lo há enviado. Baja de su caballo, y sobrepujando la repugnancia que escitan en él las legas asquerosas de que este hombre está cubierto, las lava, las cura, y conteniendo la sangre que se desprende de ellas, *Oh! queridos hijos míos*, nos dice á todos el tierno apóstol de la caridad, *no amémos solamente de palabra y con vanos discursos, amémosnos de verdad y por nuestras acciones*¹.

» El Samaritano se previno, sin duda para su uso, de aceite y de vino. Pero, al instante que vé la extrema necesidad de su hermano, olvida la que él podría tener; y no conoce ya otro uso de lo que posee, que el que le está inspirado por la caridad. Y nosotros, cuánto trabajo tenemos en tomar sobre nuestro superfluo con que

1. I. Joan. III, 18. Potuisset equidem Samaritanus sub apparenti prætextu. sauciatum hunc subterfugere, dicendo: *Non cotuntur Judæi cum Samaritanis. Judæi nauseant et fugiunt nos; nequaquam conveniens est, ut appropinquem ei, qui me et nationem meam odio et horrore habet; excusare se insuper poterat, addendo: auxiliari tibi non ad me, sed ad levitam et sacerdotem pertinet, qui non tantum Ecclesiastici, sed et compatriotæ tui sunt, qui eandem pariter tenuerunt viam, si illi te dereliquerunt, consequens videtur, quod ad instar bestię mori merearis. Perpendit hæc circumstantias sanctus Ambrosius, lib. VII. in Luc. dum ait: « Non mediocris iste Samaritanus, qui eum, quem sacerdos, quem levita despexerat, non etiam ipse despexit. » Potuisset etiam Samaritanus, sub prætextu periculi, cui se exponebat, subducere; restabat siquidem in eo deserto, cum præsentem in eosdem prædones incidenti timore, maxime cum auxiliaretur illi, de quo suspicari poterat, quod forte magnus esset horum assisorum inimicus, a quibus proinde inimicitie potius, quam spoliolum cupiditatis instinctu taliter afflictus esset; has inter angustias magis magisque reluxit admiranda Samaritani virtus. (MANSI, *Ærar. Evang. dom. 12. post Pentec.*.)*

aliviar la miseria de nuestros hermanos! Cuántas necesidades ficticias nos creamos que nos dispensan á nuestros ojos del precepto de la limosna! La caridad encuentra recursos por todas partes en dónde la codicia no vé más que dificultades. Ella se enriquece con sus sacrificios, se aumenta con lo que ella se cercena, y coloca sus más queridos goces en sus privaciones.

» No contento con agotarse por el objeto de su piedad, el Samaritano se molesta y se fatiga por él. Le coloca sobre propio caballo, le sigue á pie hasta que haya encontrado una hospederia, y allí continua asistiendole. No nos figuremos que hayamos satisfecho la deuda de la caridad por algunos beneficios. La medida de nuestras obligaciones respecto de nuestros hermanos, es la necesidad que ellos tienen de nosotros. Les debemos no solamente socorros, sinó tambien servicios. Se los debemos, aun cuándo pudiéramos ser por ello contrariados é incomodados. Son muy meritorias las obras de misericordia que no cuestan absolutamente nada, que no turban la indolencia, que no alteran la sensualidad? La verdadera caridad no teme ni las fatigas, ni las molestias, Ella se complace en incomodarse, para economizar males al progimo, y convierte en placeres todas las penas que le atrae su beneficencia.

« Pareceria que despues de haber curado á su enfermo y de haberlo depositado en un lugar seguro en donde encontrará todos los remedios que pide su situacion, el Samaritano há agotado toda su caridad. Pero el hombre que anima esta virtud, no se limita al bien que hace, piensa en el que puede hacer. Proveyendo al presente, prevé el porvenir; y, al mismo tiempo que alivia las necesidades actuales, prepara socorros para las necesidades futuras. Este, obligado á dejar la hospederia, comienza por suministrar para las primeras necesidades, y promete subvenir á las siguientes. Deja al herido, pero su caridad no le abandona; y alejado cómo vá á estar de él, continuará asistiendole todavia con sus beneficios ¹. »

1. La Luz. loc. cit. — Quid responderit ipse infirmus, quantaque effusione benefactori suo gratias egerit, sacer textus non addit, sed cordibus estimandum relinquit (SCHOUPE, loc. cit.).

Conclusion. — Sabéis, pues, ahora de una manera exacta, cristianos, quién es nuestro progimo, cuáles son las causas de nuestra inhumanidad con él, y cual es la naturaleza y la estension de la asistencia que le debemos. Nuestro progimo, lo son todos los hombres en general, séan quiénes fuéren, y sin ninguna escepcion. Pues cómo nos está mandado amar á nuestro progimo, cómo á nosotros mismos, debemos, por un lado, estirpar de nuestro corazon las causas que nos hacen duros é inhumanos con él, y que son, el orgullo, el interes y la molicie; y por otra, desenvolver más y más en nosotros la caridad, sin la cuál no sabriamos darle la asistencia que le debemos. Recordémosnos, pues, sin cesar, el ejemplo del Samaritano de nuestro Evangelio, que nos ofrece un tån bello y conmovedor modelo de esta asistencia. Es, por otra parte, á nosotros lo mismo que al doctor de la ley, que Nuestro Señor, despues de haber propuesto este ejemplo, dirige las palabras siguientes: *Marchád, y obrád del mismo modo.* » Que vuestra caridad séa universal cómo la del Samaritano, sin distincion de pais ó de culto. Basta sér hombre para tener derecho á vuestra asistencia. *Marchád y obrád del mismo modo.* Que vuestra caridad séa compasiva cómo la del Samaritano. Pensád que los males que aflijen á vuestros hermanos, vosotros podriais sufrirlos. Tenéd por ellos la conmiseracion que vosotros deseárais. *Marchád, y obrád del mismo modo.* Que vuestra caridad séa generosa cómo la del Samaritano. No habeis recibido bienes de la tierra más que para este uso. Al daroslos, la Providencia os há establecido su ministro y el dispensador de sus bienes. *Marchád, y obrád del mismo modo.* Que vuestra caridad séa activa cómo la del Samaritano. Hay una infinidad de desgracias que simples dadas no pueden aliviar. Hacéd á vuestros hermanos servicios tån multiples cómo sus necesidades, tån variados cómo sus males. *Marchád, y obrád del mismo modo.* Que vuestra caridad séa laboriosa cómo la del Samaritano. Al merito de la beneficencia, unid el de los sacrificios. Cercenádos de otras satisfacciones, para procuráros la de obligar. Vuestros beneficios tendrán un mayor precio, cuando serán el fruto de vuestras privaciones. *Marchád, y obrád del mismo modo.* Que vuestra caridad séa previsora cómo la

del Samaritano. No penséis solamente en los males que tiene vuestro progimo, ocupádos de los males que tendrá. No os limitéis á aliviarlos; pensád en prevenirlos y desvíarlos. Es entonces, es cuando vuestra caridad reunirá estos preciosos caracteres, que ella será agradab'e á Díos, ventajosa á vosotros, y despues de haber hecho sobre la tierra vuestro merito, ella hará en el cielo vuestra felicidad ¹. Así séa.

DUODECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOTES.

CUARTA INSTRUCCION.

Parabola del hombre herido y del buen Samaritano.

I. Quién está representado por el hombre herido. — II. Quién está representado por el buen Samaritano.

La parabola del hombre herido y del buen Samaritano, que la Iglesia, así cómo acabais de oirlo, nos hace léer en este duodecimo domingo despues de Pentecostes, no es solamente una de las más conmovedoras que se encuentran en el Evangelio, es tambien una de las más instructivas. Porque el Salvador no se há propuesto solamente responder al doctor de la ley, y enseñarle, así cómo á nosotros mismos, quién es nuestro progimo. Segun los Santos Padres, que están todos acordes en este punto, él há querido ademas enseñarnos muchas grandes verdades utilisimas para la salvacion. Son estas verdades que voy á esplicaros en esta mañana, inquiriendo, en nuestro primer punto, quién está representado por el hombre herido, y en nuestro segundo, quién está representado por el buen Samaritano.

I. — *Quién está representado por el hombre herido.* — El hombre herido de la parabola es la figura de Adan, ó tambien todo el ge-

¹. La Luz. loc. cit.

nero humano, en general, ó mejor cada pecador en particular. Todo lo referido de este hombre, efectivamente se aplica, séa Adan, séa al genero humano decaido, séa á todo pecador. Por lo demas, estos tres terminos en el fondo se confunden. Porque Adan no está representado por el herido de nuestra parabola más que porque há sido pecador, y el genero humano, de igual modo, no lo está más que porque él há pecado en Adan. Véamos en detalle cómo se justifica esta representacion ¹.

1. Allegorice : homo est Adam lapsus in peccatum, ideoque in anima vulneratus et pene occisus; Adam enim ex Jerusalem, id est ex visione pacis, puta ex paradiso et statu innocentiae, ubi summa fruebatur pace cum Deo, secum, cum Eva et cum omnibus animalibus, descendit in Jericho, id est in mutabilitatem et statum peccati : hujus enim symbolum est Jericho, id est luna, quae quotidie mutatur et deficit. Latrones sunt daemones, qui Adamum et Evam per serpentem deceperunt et ad peccatum induxerunt, itaque eum Dei gratia et virtutibus spoliaverunt, et vulnera concupiscentiae omnibus animae potentiis et appetitibus inflixerunt. Sacerdos et levita sunt lex vetus, quae lapsum Adae sanare neglexit, quia non potuit. Samaritanus, id est custos, est Christus, qui fideliter homines omnes curat et custodit, ut sanentur et salventur; equus est hujus humanitas, cui ipsa deitas, insidet, et quasi inequitat. Stabulum, id est hospitium, est Ecclesia, quae omnes fideles recipit. Vinum est sanguis Christi, quo vulnera nostra abluuntur et sanies peccatorum abstergitur. Oleum est misericordia, clementia et lenitas Christi. Stabularius sive hospes, qui stabulo, id est Ecclesiae praest, est S. Petrus, sive pontifex. Ita S. Ambrosius et Origenes hic, *hom.* 34; S. Hieronymus in cap. x *Matth.*; S. Augustinus, serm. 17 *De Verbis Domini*, et alii passim. Audi Origenem : « Aiebat quidam de presbyteris, volens parabolam interpretari, hominem qui descendit esse Adam; Jerusalem, paradisum; Jericho, mundum; latrones, contrarias fortitudines; sacerdotem, legem; levitam, prophetas; Samaritem, Christum; vulnera vero, inobedientiam; animal, corpus Domini; pandochium, id est stabulum, quod universos volentes introire suscipiat, Ecclesiam interpretari. Porro, duos denarios Patrem et Filium intelligi; stabularium Ecclesiae praesidem, cui dispensatio credita est. De eo vero quod Samarites reversurum se esse promittit, secundum Salvatoris figurabat ad-